

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, JUNIO 15 DE 1875.

{ NUM. 86.

CHARLAS JOVEDIANAS.

EL CUARTO CENTENARIO DE COPÉRNICO.

I

A mediados del siglo XVI, la pequeña población, hoy prusiana, de Frauenbourg, construida sobre una eminencia á orillas del Vístula, era entonces ciudad Polaca, sede episcopal de la diócesis de Warmia ó Ermeland.

En la jornada del 24 de Mayo de 1543, se notaba en Frauenbourg una conmocion casi general; las buenas gentes que se encontraban en las calles, no tenían sino un tema de conversacion; se agrupaban inquietas y se interrogaban con ansiedad.

—Y bien, ¿qué hay? Cómo vá?

—¡Oh! Malas nuevas! Se teme mucho que el buen canónigo no se levante mas, no hay esperanza. El, tan fuerte, tan robusto hasta hoy! Un simple ataque vá quizá á poner fin á su vida.

—¡Es posible! Un hombre tan bueno, tan noble!

—¡Y parece tener tan buena cabeza!

—Sí, se dice, pero de eso no podemos juzgar nosotros, pobres gentes sin instruccion.

—¿Y por qué no? Se necesita estudiar para saber que ántes de que él viniese no teniamos mas agua que la que penosamente íbamos á buscar al rio? En tanto que hoy, gracias á la máquina construida segun sus diseños, hay fuentes que brotan agua aun en los puntos mas elevados.

—Yo no soy un sábio, pero digo lo que he visto. Mi madre estaba enferma y condenada á morir pronto, segun todos los médicos que la habian visto. Fué á consultar al buen canónigo Nicolás, quien la dió sus medicinas y curó en poco tiempo.

—En cuanto á mí, tengo que agradecerle que me salvára de una terrible calentura, sin contar con que él mismo preparaba mis medicinas sin querer jamás recibir cosa alguna; ¡es tan caritativo!

—Oid un rasgo de su caridad y su ciencia: Cuando mi hijo se vió obligado á dejar el país para hacerse soldado, lloraba yo sin consuelo. «¿Qué tenéis?» me preguntó un dia. Contéle mi pena, y sin decirme nada se llevó á mi hijo, le hizo sentar frente á sí, y sobre un pedazo de papel dibujó su imagen, tan parecida, que se creeria verle vivo. «Toma, le dijo, lleva esto á tu madre; cuando te ausentes, podrá seguirte viendo como si estuvieses presente..»

Desde entonces conservo el retrato, lo veo, lo beso y me consuelo!.... ¡Y pensar que vamos á perder semejante hombre!... ¡Cuánto llorarán los pobres!... Mirad, ahí viene Frantz el campanero de la iglesia, él debe saber, preguntémosle....

—¿Qué hay, Frantz?

—¿Qué hay? Rogad por el alma del canónigo Nicolás. Estaba yo ahí cuando ha exhalado su último suspiro. Un santo menos en la tierra.

—En el cielo uá bienaventurado mas. Pero ¿cómo ha muerto?

—Del modo mas dulce y tranquilo. Ha muerto con los ojos alzados al cielo, murmurando oraciones, y sin duda enteramente ocupado en santos pensamientos. Desde esta mañana parecia del todo desprendido de las cosas del mundo. Con todo, ha vuelto á ellas por algunos momentos. Su secretario entró á la habitacion con un libro en la mano, y dirigiéndose á él le dijo: «Ved, maestro, es vuestro libro, cuyo primer ejemplar os envian.» Se hubiera creido entonces que volveria á vivir, se enderezó, tendió sus manos para tomar el libro, lo tocó por todos lados fijando en él sus ojos resplandecientes de gozo, y dijo: «Sí, sí, él es!» Pero todo esto duró algunos instantes; volvió luego á caer sobre los cojines. Una hora despues, ya no existia.

—Pero Frantz, ¿qué libro es ese que tan gozoso ha tomado en sus manos antes de morir?

—¡Ah! Os confieso que lo pregunté á uno de los clérigos que estaban cerca de mí, y me dijo... aguardad.... me dijo que se llamaba..... me parece que dijo: *Revoluciones de los cuerpos celestes*..... Como debéis figuraros, no he comprendido muy bien.

—En efecto, es difícil para nosotros, pero debe ser un buen libro, si él lo ha hecho.

—¡Ciertamente! Un hombre tan digno!

—¡Tan compasivo!

—Ciertamente su recuerdo no se nos borrará.

—¡Oh! no, jamás.

Así discurrían las buenas gentes de Frauenbourg, el día en que plugó á Dios llamar á sí al buen canónigo que había vivido 70 años, ménos algunos meses, pues nació el 12 de Febrero de 1473.

EL TIO ANSELMO.

(Continuará.)

EXTRAUVIO Y REPARACION.

Negocios particulares obligaron al preceptor de Eduardo y Florentina á dejarlos solos por algunos días; mas como queria que estuviesen ocupados durante su ausencia, designó á cada uno la tarea que habia de tener hecha á su vuelta, para que no pasasen el tiempo en la ociosidad. Los dos niños hicieron muchas promesas á su maestro, asegurándole no quedaria descontento de ellos.

Así que estuvieron solos, Eduardo propuso á Florentina que fuesen á dar un paseo, diciendo: «Hoy es imposible estudiar: gocemos de nuestra libertad; mañana nos levantaremos muy temprano y repararemos el tiempo perdido.» En consecuencia, salieron y no volvieron hasta la hora de comer: lo restante del día, se estuvieron divirtiendo en el estanque de su padre, paseándose en la barquilla. Se acostaron con la resolucion de levantarse de madrugada, y para esto encargaron á un criado que los despertase; mas despues que éste les avisó á las cinco de la mañana, se volvieron á dormir, y ya eran las nueve antes que hubiesen salido de la cama. Miétras que estaban desayunándose en una sala baja, llegó á la ventana un pobre ciego tocando el violin y pidiendo una limosna. «Hermana, dijo Eduardo, de buena gana bailaria yo, si tú quisieses acompañarme.» Florentina consintió, y se pusieron á bailar. Despues de este ejercicio que duró algun tiempo, se fueron á descansar al jardín bajo un verde cenador, y allí se estuvieron distraídos con unos pajaritos que Eduardo habia pillado en su nido, y que se prometia criar; mas abandonado el proyecto por la inconstancia de su edad, cuando llegó la noche, los pobres pajaritos ya estaban muertos de hambre. Despues de comer, fueron á visitar á los amiguitos de la vecindad y así pasaron el segundo día. «¡Oh! dijo Eduardo al tiempo de irse á acostar; estoy determinado á estudiar mañana, y así voy á poner mi libro bajo de la almohada, para cogerle luego que me despierte.» Florentina hizo lo mismo, porque decia, que el señor maestro se enfadaria mucho al ver que le habian desobedecido. «Lo peor es que tenga tanto que hacer mañana, pues si no compongo mi vestido tendré que ir con él todo rasgado.—Pues yo, dijo Eduardo, tengo que ir á comprar una pelota para jugar con mi amigo Pepe.—Pues bien, si no podemos estudiar mañana, lo haremos al otro día, y una vez que nos pongamos á ello, pronto estará concluido.»

Al otro día y aun el siguiente, encontraron nuevos pretextos para no estudiar, porque la mala voluntad siempre halla excusas á su favor, y lo vá dilatando hasta que ya no es tiempo de obrar.

Ya hacia una semana que su preceptor estaba ausente, cuando una tarde que estaban jugando delante de la puerta de su casa, le vieron venir á lo léjos. Al momento se acordaron de su tarea, y en lugar de salirle al encuentro, corrieron á buscar sus libros: en vano recorrieron las piezas de la casa y cenador del jardín, preguntando á los criados si

los habian visto. Despues de haber andado todo la casa, fueron á ocultarse en un rincon de la cocina para que su maestro no los encontrase, y allí se acordaron de que no habian registrado el gabinete de su padre. Van allá, poseidos de inquietud, y todo lo revuelven, libros, estampas, carteras, mapas hasta no dejar cosa con cosa. Despues de este trastorno universal, dijo Eduardo: «Hermana, me ocurre una idea. Cojamos nuestros sombreros y salgamos sin que nadie nos vea, como si fuésemos á dar un paseo. Vendremos muy tarde, cuando el maestro no pueda tomarnos la leccion, y mañana la estudiaremos antes de que él se levante.—¿Cómo, si no tenemos los libros? exclamó Florentina.—No tengas miedo, que ya los encontraremos, respondió su hermano.»

Salieron con apresuramiento sin que nadie los viese, y se alejaron bastante de la casa, hasta que entrada ya la noche, determinaron volverse á ella. El miedo les hizo equivocarse el camino, y cuando notaron su error, ya habian pasado buen trecho de su habitacion, porque era hácia el fin del Otoño y la noche estaba muy oscura. «¡Ah! ¡Dios mio! ¿dónde estamos? exclamó Florentina, llorando. ¿Qué hemos de hacer? ¿Qué va á ser de nosotros?—Yo no lo sé, contestó Eduardo; mas volvámonos atrás.» Se agarraron de la mano y caminaron un poco; mas pronto tropezaron y cayeron sobre unos cardos: se levantaron sollozando llenos de arañazos, y empezando á conocer el mal éxito de sus aventuras.

—¡Oh! dijo Eduardo, si hubiéramos aprendido nuestras lecciones, á la hora de esta nos hallariamos muy contentos al lado de papá y de mamá.—El aire frío de la noche los incomodaba mucho, así como el hambre que empezaban á sentir. En esto vieron brillar una luz á corta distancia, y cobrando ánimo se dirigieron hácia ella, creyendo hallar alguna cosa; mas se engañaron completamente. Despues de tropezar mucho en la maleza, vieron que la luz engañadora era un fuego fátuo de la laguna próxima. Fatigados, medio muertos de hambre y temblando de frio, tuvieron que sentarse bajo de un árbol, y allí entre lágrimas y suspiros les cogió el sueño, quedándose dormidos abrazaditos uno á otro.

Durante este tiempo, sus padres, admirados al ver que sus hijos no volvian, enviaron criados á buscarlos por todas partes. El maestro salió tambien con la misma intencion; mas todos volvieron sin haber descubierto nada. Toda la noche estuvieron de pié derecho, esperando ver entrar á los niños, en cuanto se oía algun ruido. El padre, no pudiendo disimular su inquietud, salió tambien á hacer sus pesquisas; mas fueron tan infructuosas como las de los demás.

Eduardo y Florentina despertaron al romper el día, y reconociendo el campo en que se hallaban, ¡cuál fué su admiracion al ver que estaban á tres cuartos de legua de su casa! Acordándose de los sucesos de la víspera, al instante se pusieron en camino, y á las siete de la mañana llegaron á la casa de su padre. Al momento que los divisaron, todos les salieron al encuentro, abrazándolos con extrema alegría; mas apenas entraron en casa, su papá les preguntó, por qué habian estado fuera toda la noche. Se quedaron indecisos y mas encarnados que la grana; mas bien pronto, arrojándose á los piés de su padre, le confesaron todas sus faltas. Este les mandó que se levantasen y no les habló palabra miétras que duró el desayuno; mas acabado éste, cogió á cada uno de la mano y les llevó á su gabinete, donde vieron el desórden que habian ocasionado, sin que les hiciese por eso ninguna reconvenccion, lo que causó mas sentimiento á los niños que si los hubiera regañado mucho. Son mas sensibles las reconvencciones que uno se hace á sí propio, que las que recibe de los demás, y les parece á los niños que con la reprension se expía la falta que han cometido.

Vueltos á la sala, su padre les habló así: «Aunque yo esté muy disgustado por la pereza que os ha ocasionado tantos tormentos, sin embargo, no os castigaré, porque veo estais arrepentidos; mas

no puedo dejar pasar esta ocasion, sin daros un consejo que os haga evitar en lo sucesivo las faltas en que habeis caído. Decís que vuestra intencion no era de omitir la tarea, sino dejarla para el otro día, y esto es decir que no estábais del todo resueltos á cumplir con vuestros deberes. Conociendo que desobedeciais á vuestro maestro, no habeis querido cumplirlos, procurando hallar placer en dejar para mañana lo que debíais hacer hoy; mas confesad ingénuamente, que si habeis tenido algun placer, ha sido mezclado con tal inquietud, que casi os privaba de él enteramente.—«Verdad es, papá,» respondieron los niños. El padre continuó: «Dejando vuestra obligacion de un día para otro, habeis encontrado un aumento de dificultades y cada vez mas irresolucion y mas pereza. Para evitar el ser descubiertos, habeis recurrido á un medio muy malo, y los inconvenientes que os han resultado son harto recientes para que yo los renueve, y espero que no me pondreis en el caso de recordároslos.—Nosotros os lo prometemos, papá, dijeron los niños.—Cuento con esta promesa, mas sin embargo, os voy á pintar las consecuencias de vuestra pereza, consecuencias que vosotros no conoceis. Perdiendo el tiempo, empleándole de ese modo, habeis ofendido á Dios con vuestra conducta y habeis causado angustias mortales á vuestra madre y á mí. Ignorando lo que os habia sucedido, mas siempre creyendo lo peor, como sucede á los buenos padres, hemos pasado toda la noche en los horrores de una consternacion é inquietud mortal. Vosotros quereis reparar vuestras faltas, ¿no es así?—Sí, señor papá, respondieron los niños.—Pues bien, la única expiacion que el cielo puede aceptar, y que me será tan grata como á vuestra madre, es que no os volvais á portar de ese modo. Estad seguros de que si no tomáis una sincera y firme resolucion, ejecutándola desde la presente, de perder la indolencia habitual á que os habeis acostumbrado, nadie puede calcular la funesta posicion en que os vereis colocados, porque la pereza y la irresolucion son el origen de la mayor parte de las desgracias de la vida. La primera expone á los que se entregan á ella, á una pobreza espantosa, si no tienen caudales, y á perderlos, si los tienen por su nacimiento; la segunda indica una alma débil, y la debilidad conduce á cometer faltas de las que provienen pesares y amargos remordimientos. Para probarme que desde ahora quereis ser mejores, id á pedir perdon á vuestra mamá de los tormentos que le habeis causado, y á vuestro preceptor de vuestra negligencia. No olvidéis nunca que es un representante nuestro y que le debeis el mismo respeto y obediencia.»

Eduardo y Florentina hicieron lo que su padre acababa de mandarles, y vista su fidelidad en cumplir sus promesas, no tuvo mas queja de ellos en lo sucesivo.

La fábula y la verdad.

[FABULA.]

Salíose cierto día
La señora Verdad muy despechada
Del oculto rincon en que vivía,
Desnuda, seca, triste y acabada.
Comenzó, pues, mi pobre doña Enteca
A andar de seca en meca
Buscando con afan mejor ventura;
Pero la gente, al ver su catadura,
Fantasma la creía,
Y de tal modo de la pobre huía,
Que por montes y prados la cuitada
Andaba errante, sin hallar morada.
Presentóse á sus ojos vacilantes
La Fábula orgullosa,
Llena de plumas, galas y diamantes,
Que, aun falsos, parecian otra cosa.
—Buenos días, la dice:
¿A dónde así caminas, infelice?
—Muerta de frio, á todos ruego en vano;
Pues con pecho inhumano,
Asustados al verme,
Huyen de mí, no quieren acogerme.

—Nada extrañarlo debo,
Que todos huyen de mujer con años;
Pero á enmendar me atrevo
Tu suerte. Mira: yo, con mis engaños
Logro pasar la vida
De todos estimada y aplaudida;
Y lograré sin duda
Que te quieran tambien, mas no desnuda.
Y así, vente conmigo, que yo en tanto
Te iré cubriendo con mi rico manto.
Por tu respeto, el sábio impertinente
Me verá sin desprecio;
Y por el mio, el nécio ó imprudente
Te admirará con singular aprecio.
Así, en comun ventura,
Tú con tu juicio, yo con mi locura,
Juntas caminaremos;
Y asilo encontraremos
En todas las regiones,
En todas clases, génios y opiniones.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANEBAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION SÉTIMA.

Del modo de conducirnos cuando recibimos visitas.

I

Procuremos que las personas que nos visiten, sin excepcion alguna, se despidan de nosotros plenamente satisfechas de nuestra manera de recibir las, tratarlas y obsequiarlas; haciéndoles por nuestra parte agradables todos los momentos que pasen en sociedad con nosotros, por los medios que sean mas análogos á su edad, sexo y categoría, al grado de amistad que con cada una de ellas nos una, y segun el conocimiento que tengamos de sus diferentes caracteres, gustos, inclinaciones y caprichos (§ I, del art. XI.)

II

Cuando se nos anuncie una visita y no nos encontremos en la sala de recibo, no nos hagamos esperar sino por muy breves instantes; á ménos que alguna causa legítima nos obligue á detenernos un rato, lo cual haremos participar á aquella inmediatamente, á fin de que nuestra tardanza no la induzca á creerse desatendida.

III

Luego que estemos en disposicion de presentarnos en la sala de recibo, nos dirigiremos á la persona que nos aguarda, la saludaremos cortés y afablemente, y la conduciremos al asiento que sea para ella mas cómodo.

IV

Los dueños de la casa extenderán siempre la mano á todas las personas de su sexo que los visiten, así al acto de entrar como al de salir, aun cuando sean para ellos desconocidas y solo lleven por objeto tratar sobre negocios (§ XIV, seccion sexta.)

V

Cuando nos encontremos en la sala de recibo al llegar una persona de visita, le ofreceremos siempre asiento inmediatamente despues de haberle correspondido su saludo.

VI

El visitado puede excitar al visitante, como una muestra de obsequiosa consideracion, á sentarse á su lado y á su derecha; mas si éste, con arreglo á lo prescrito en el párrafo XV de la seccion sexta, re-

husare tomar la derecha, le excitará precisamente á ello por una segunda vez. Cuando el visitante sea un sugeto muy respetable ó una señora, el visitado no le ofrecerá otro puesto, sino en el caso de estar aquel debidamente ocupado.

VII

Cuando un caballero reciba á varias señoras, no se sentará en una misma línea con ellas, sino que, colocándolas en los asientos principales, se situará en un lugar desde el cual pueda dirigir á todas la palabra, sin necesidad de volverse para ello á uno ú otro lado.

VIII

Cuando la señora esté acompañada de visitas y se presentare otra señora, luego que ésta haya penetrado en la sala de recibo, se levantará de su asiento y se dirigirá á encontrarla. Lo mismo hará un caballero respecto de una señora; pero no respecto de otro caballero, si se halla él solo recibiendo señoras ó sugetos muy respetables, pues entónces se limitará á avanzar hácia él uno ó dos pasos al acto de ser saludado especialmente. Un caballero puede, sin embargo, en todos casos, abandonar el círculo para dirigirse á encontrar, dentro de la misma sala, á un sugeto constituido en alta dignidad.

IX

Segun se deduce de los párrafos anteriores, el dueño de la casa no puede en ningun caso permanecer sentado, ni al acto de entrar ni al de retirarse una visita, sea cual fuere; mas en cuanto á la señora, ella no se pondrá de pié sino cuando sea otra señora la que entre ó se retire.

X

Cuando van saliendo sucesivamente las personas de la casa á recibir una visita, es impropio y sobremano fastidioso que cada una de ellas vaya haciendo á ésta unas mismas preguntas sobre la salud de su familia, sobre sus deudos ausentes, etc. Toca á la primera persona que sale el hacer estas preguntas, y en todos los casos, á la señora y al señor de la casa, cuando quiera que se presenten.

XI

A la persona que hace una visita de ceremonia, ó cualquiera otra de etiqueta, no se la excitará jamás á apartar su sombrero de las manos, para colocarlo en un lugar cualquiera de la sala de recibo. A las personas de confianza y á las de poca confianza puede, sí, hacerse esta excitacion, la cual podrá repetirse hasta por dos veces.

XII

Si al salir nosotros para la calle, encontráremos ya dentro de nuestros umbrales á una persona que viene á visitarnos, la excitaremos á pasar á la pieza de recibo por una vez, si es un asunto urgente el que nos lleva fuera de nuestra casa, y hasta por dos veces, si nuestra salida puede, sin perjuicio de nadie, diferirse para despues. Aun en casos de urgencia deberemos instar por una segunda vez á una persona que es para nosotros muy respetable, satisfechos, como debemos estar, de que su visita no habrá de prolongarse indiscretamente (§ VII, seccion cuarta). Mas puede acontecer que en el curso de ésta éntre otra persona que no tenga motivo para saber que no podemos detenernos, y en este caso, como en todos aquellos en que no nos sea dable excusarnos de recibir á una persona, nos es enteramente lícito manifestarle nuestra urgente necesidad de salir; bien que siempre en términos muy corteses y satisfactorios, y expresándole la pena que nos causa el tener que privarnos de su compañía.

XIII

Si tenemos en nuestra casa una reunion de invitacion especial, y una persona que lo ignora se presenta á visitarnos, guardémosnos, puesto que habrá de retirarse prontamente (§ VII, seccion cuarta), de excitarla por mas de una vez á prolongar su visita.

XIV

Cuando seamos visitados en momentos en que nos encontremos afectados por algun accidente desagradable, dominemos nuestro ánimo y nuestro semblante, y mostrémosnos siempre afables y joviales. Si hemos experimentado una desgracia, ó nos encontramos en un conflicto que pueda estar al alcance de nuestros amigos, nuestro continente será grave y nuestra conversacion limitada, pero siempre dulce nuestro trato, siempre suaves nuestros modales, siempre cortés y obsequiosa nuestra conducta.

XV

Guardémosnos de presentar en el estrado á los niños que nos pertenezcan, sea cual fuere el grado de amistad que tengamos con las visitas que en él se encuentren. Son las señoritas y los jóvenes ya formados, los que acompañan á sus padres á hacer los honores de la casa: lo demás es una vulgaridad insoportable, de que no se ve nunca ejemplo entre la gente de buena educacion.

XVI

Es de muy mal tono el iluminar la sala de recibo con una luz demasiado viva, cuando se reciben visitas de duelo ó pésame, y siempre que acaba de experimentarse ó se teme una desgracia de cualquiera especie.

XVII

Siempre que recibamos visitas, aplicaremos las mismas reglas que, conforme á los párrafos XXVII, XXVIII y XXIX de la seccion sexta, tenemos que observar al hacer una visita, respecto de la manera de conducirnos cuando encontremos ó llegan despues otras personas. Así, cuando acostumbremos tratar con familiaridad á la persona que nos visita, y entrare otra á quien no pueda ella ó no podamos nosotros tratar del mismo modo, adaptaremos nuestra conducta al grado de circunspeccion con que deba ser tratada la de menor confianza.

XVIII

Los dueños de la casa son los que están principalmente llamados á comunicar animacion y movimiento á la conversacion. Si en los momentos en que suelen quedarse en silencio todos los circunstantes ellos no se apresuran á tomar la palabra, sino que guardan tambien silencio, podrá creerse que la reunion no les es agradable, ó que han llegado ya á desear que se disuelva. Sin embargo, nada de esto es aplicable á los casos en que á la persona que recibe visitas, le haya acontecido recientemente ó le amenace una desgracia cualquiera, de la cual estén en conocimiento sus amigos (§. XIV).

XIX

Cuando estemos recibiendo visitas, y tomemos la palabra en una conversacion general, nos dirigiremos alternativamente á todos los circunstantes, de la manera que quedó establecida en el párrafo XVIII de la seccion tercera; con la sola diferencia de que cuando segun el órden allí indicado, debiéramos fijarnos mas frecuente y detenidamente en la persona de nuestra mayor amistad, nos fijaremos en aquella que sea para nosotros de mas respetabilidad y etiqueta.

XX

Siempre que una persona se dirija á nosotros á tratar sobre un negocio, guardémosnos de excitarla directa ni indirectamente á entrar en conferencia, en momentos en que nos encontremos acompañados, ya sea de alguna otra visita ó de personas de nuestra propia familia; á no ser que el negocio nos concierna exclusivamente á nosotros, y seamos dueños de tratarlo sin mas reserva que aquella que nos convenga, pues entónces haremos ó no la excitacion, segun lo que en cada caso nos aconseje la prudencia. Pero tengamos entendido, que nada hay mas incivil que emprender un largo diálogo de esta especie, delante de personas que sean extrañas á la materia sobre que versee.

XXI

Procuremos no dejar nunca á solas á dos personas que sabemos se encuentran desacordadas, ó que absolutamente no se conocen, por íntima que sea la confianza que tengamos con ellas.

XXII

Cuando estemos recibiendo una visita y se nos entregue una carta, no la leamos sino en el caso de que sepamos que trata de un asunto importante y del momento, y siempre con la venia de aquella. Si la visita que recibimos es de etiqueta, se necesita que el contenido de la carta sea demasiado grave y urgente, para que haya de entregársenos ésta en el estrado, y para que nos sea lícito leerla inmediatamente.

XXIII

Cuando la persona que nos visite quisiera retirarse á poco de haber recibido nosotros una carta, y temiéremos que lo haga tan solo por esta consideracion, la excitaremos á que se detenga, y aun le instaremos, si el contenido de aquella no nos impone algun deber que tengamos que llenar sin demora.

XXIV

No nos es lícito ofrecer comidas ó bebidas á una persona de etiqueta, sino en el caso de que la haya mos invitado expresamente á pasar con nosotros un largo rato, ó de que nos visite en una casa de campo. En órden á lo que sea propio y oportuno ofrecer, atengámonos á lo que se estime entre personas cultas y bien educadas.

XXV

Si cuando hacemos visitas de confianza, es un acto oportuno y obsequioso excitar á cantar ó á tocar á las personas de la casa que poseen una ú otra habilidad, no puede serlo ménos el hacer esta excitacion á las personas que nos visitan, siempre que en ellas concurren idénticas circunstancias. En tales casos, tendremos presentes las reglas contenidas en los párrafos LI y LII de la seccion sexta.

XXVI

Cuando tengamos de visita diferentes personas, seamos en extremo prudentes y delicados al hacer en nuestros obsequios aquellas distinciones que merezcan las unas respecto de las otras, segun su edad y representacion social; pues no por tributar á una persona las atenciones que le son debidas, podemos en manera alguna desatender ni ménos mortificar á ninguna otra. En cuanto á las preferencias y consideraciones especiales que se deben al bello sexo, procederemos siempre con mayor libertad y sin temor ni escrúpulo, pues jamás podrá un caballero creerse desatendido, sino por el contrario, complacerse, al verse pospuesto en sociedad á una señora, sea de la manera que fuere.

XXVII

La señora de la casa no se permitirá excitar á un caballero á que acompañe á una señora que se retira, con la cual no lleve éste amistad, sino en el caso de tener con él entera confianza, y de mediar alguna circunstancia excepcional que pueda racionalmente justificar semejante conducta.

XXVIII

Es enteramente impropio excitar á detenerse en nuestra casa, á una persona de etiqueta que ha terminado su visita y se despide; y bien que nos sea lícito hacer esta excitacion á una persona de confianza, nos abstendremos de hacerla de nuevo á aquella que, cediendo á nuestros deseos, haya permanecido ya un rato mas en nuestra compañía.

XXIX

Al acto de retirarse una visita, se tendrán presentes las reglas siguientes: 1.^a, la señora de la casa acompañará á otra señora hasta el porton, ó hasta la escalera siendo el piso alto; pero si al mismo tiempo está recibiendo otras visitas, la acompañará solamente hasta la puerta de la sala: 2.^a, siempre que un caballero haya de despedir á una señora, proce-

derá del modo indicado en la regla precedente, con la diferencia de que si el piso es alto y ha de salir fuera de la sala, deberá acompañar á aquella á bajar la escalera y hasta el porton; y cuando la señora vaya en coche, el caballero le ofrecerá la mano para ayudarla á subir: 3.^a, si es una familia la que ha recibido la visita de una señora, y se hallan en la sala otras visitas, una parte de aquella irá á acompañarla hasta el porton ó hasta la escalera: 4.^a, un caballero acompañará á otro caballero hasta el porton ó hasta la escalera: si se encuentra él solo recibiendo otras visitas, no le acompañará mas que hasta la puerta de la sala; y si las demás visitas son de señoras ó de sujetos muy respetables, y el que se despide no está investido de un alto carácter, se limitará á avanzar hácia él uno ó dos pasos al acto de darle la mano: 5.^a, cuando el caballero que se retira vá á caballo, y el que le acompaña ha de salir fuera de la sala de recibo, éste le hará el obsequio de tenerle el estribo al acto de montar: 6.^a, las señoras hacen siempre desde su asiento una cortesía á los caballeros que se despiden.

XXX

La persona que acompaña á otra que se despide cuidará de ir siempre á su izquierda; y si son dos las personas acompañantes, se situará una á su izquierda y otra á su derecha.

XXXI

En todos los casos en que hayamos de acompañar á una persona hasta el porton ó hasta la escalera, podemos hacerle el obsequio, bien por respeto ó por cariño, de seguir con ella hasta la puerta de la calle.

XXXII

Ya sea hasta la puerta de la sala ó hasta el porton que acompañemos á una persona, nos detendremos algunos instantes despues de haberla despedido, para corresponderle la cortesía que habrá de hacernos desde el porton ó desde la puerta de la calle (§ LXVI, de la seccion sétima).

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

SEDAINE.

Un niño se acercó con mucha timidez á un maestro de obras que estaba dando disposiciones á los albañiles que construian uno de los principales edificios de Paris, y le pidió modestamente le admitiese en la obra para trabajar.

—¡Pero si tú no eres albañil! exclamó el maestro de obras. Además de que tú no tienes ni edad ni fuerzas para el trabajo.

—No importa, yo aprenderé y haré todo lo posible.

—Pues mira, en mí no consiste el admitirte: ¿ves aquel caballero que está allí hablando? pues aquel es el arquitecto; aquel es á quien debes hablar, si es que has de ser admitido.

Fué el pobre niño á repetir su peticion al arquitecto, que se quedó no ménos asombrado que el aparejador, al ver un muchacho, cuya figura y cuyo traje tan poco á propósito parecian para albañil, solicitar con empeño trabajar en este oficio. Como le hiciese algunas observaciones acerca de esto, el niño contestó:

—No importa: yo deseo, yo necesito absolutamente trabajar, porque si no, ya ve vd. que mi hermanito y mi madre se morirán de hambre.

—¿Pues tan apurada se halla tu pobre madre?

—¡Oh! sí señor: ya hace dos ó tres dias que se nos ha acabado el dinero, y hoy mismo nos dijo bien temprano la mamá: «Hijos míos, yo no tengo pan que daros.» Mi hermanito empezó á llorar, pero yo, como ya soy grande y fuerte, cogí la gorra y salí á la calle para buscar trabajo, y aquí me tiene vd.

Mucho conmovieron al arquitecto, así la ingenuidad del muchacho, como la firmeza de carácter que sus palabras revelaban, y le contestó casi enternecido:

—¡Pobre niño! nunca faltará el sustento á quien de tan buena voluntad quiere emplear las fuerzas

que Dios le ha dado, y á quien las emplea por tan noble motivo.

Llamando luego á uno de sus subalternos, le dijo:

—Ocupe vd. á este niño; pero ya ve vd. su edad y sus fuerzas; por consiguiente, que sea en cosas ligeras que no le causen fatiga.

Despues, queriendo seguir con el niño una conversacion que tanto le interesaba, le preguntó:

—¿Con que es decir que ya no tienes padre?

—No señor, murió en una posada de Berry, dejándonos solitos á mí y á mi hermanito menor. Apénas habian llevado el cuerpo al campo santo, entró el posadero pidiendo lo que le debiamos; pero como mi padre no nos dejaba un cuarto siquiera, hubo que vender la ropa para pagar á aquel hombre que en seguida nos puso en la calle. Emprendimos el viaje hasta Paris, pero mi hermanito no tenia fuerzas para andar á pié y gasté todo el dinero que me quedaba para que le llevasen en la imperial de una diligencia, teniendo yo que ir á pié al lado del carruaje, hasta que el mayoral, compadecido de mí y admirado del amor que tenia á mi hermano, me cogió y me puso en el asiento á su lado. Así pudimos llegar hasta Paris y abrazar á nuestra querida madre; pero como no habia que comer, ha sido preciso que yo me ponga á buscar trabajo.

Los que tengan noticias de Sedaine, y de su reputacion de poeta, los que sepan que en 1797 murió siendo secretario de la Academia Francesa despues de haberse inmortalizado con sus poesías, óperas y otras obras dramáticas como el *Diablo á cuatro*, *el Desertor*, *Blasa y Babet*, etc., se admirarán no poco al saber que los principios de su carrera fuesen tan diferentes de su término. Sin embargo, nada es mas cierto: Sedaine se aplicó no solo al oficio de albañil, sino al de cantero, y como aprendió el dibujo y la geometría, llegó casi á ser un escultor y un arquitecto. Sus jornales no solo le proporcionaron el medio de socorrer á su madre y á su hermano, sino el de cultivar su entendimiento para hacerse un poeta distinguido.

MARIA TERESA Y SU HIJO.

Poco tiempo hacia que la emperatriz María Teresa habia recibido sobre sus sienes en Presburgo la corona imperial de San Estéban, y habia recorrido á caballo la poblacion en medio de entusiasmas aclamaciones, cuando ya tuvo que poner á duras pruebas todo su valor de reina y su cariño de madre. Era en 1740, y el rey de Prusia habia invadido la Silesia, de la que se apoderó bien pronto, así como de la Moravia, miéntras que el elector de Baviera, Carlos Alberto, se hacia aclamar emperador. Entónces fué cuando mas se dejó conocer la grandeza de alma de María Teresa.

Viéndose abandonada por todos, viendo que hasta sus mismos aliados y parientes le declaraban la guerra, cogió á su hijo, que era toda su esperanza, y presentándose á sus fieles húngaros en Presburgo, les dijo:

—No tengo mas consuelo ni mas amparo que vosotros, mis leales húngaros: vosotros sois los únicos capaces de salvar á esta inocente criatura.

Como al decir estas palabras la levantase en sus brazos para mostrársela al pueblo, exclamó:

—Combatid á mi lado: combatid por la hija y el hijo de vuestro reyes.

Entusiasmados entónces los húngaros, y blandiendo sus espadas, clamaron unánimes:

—Muramos por nuestro rey, María Teresa, y por su hijo.

Así fué como la emperatriz reina salvó á su hijo, pues este rasgo no solo inflamó á sus vasallos, sino que fué admirado hasta por los mismos enemigos. María Teresa triunfó y entró en Viena para perdonar y ser llamada madre de la patria. Su hijo, despues el emperador *José II*, tuvo siempre tan en la memoria este suceso de su infancia, que cifró todo su empeño en hacer beneficios al pueblo, y por su bondad y su justicia, mereció que fuese bendecida su memoria.